



CARAS Y CARETAS

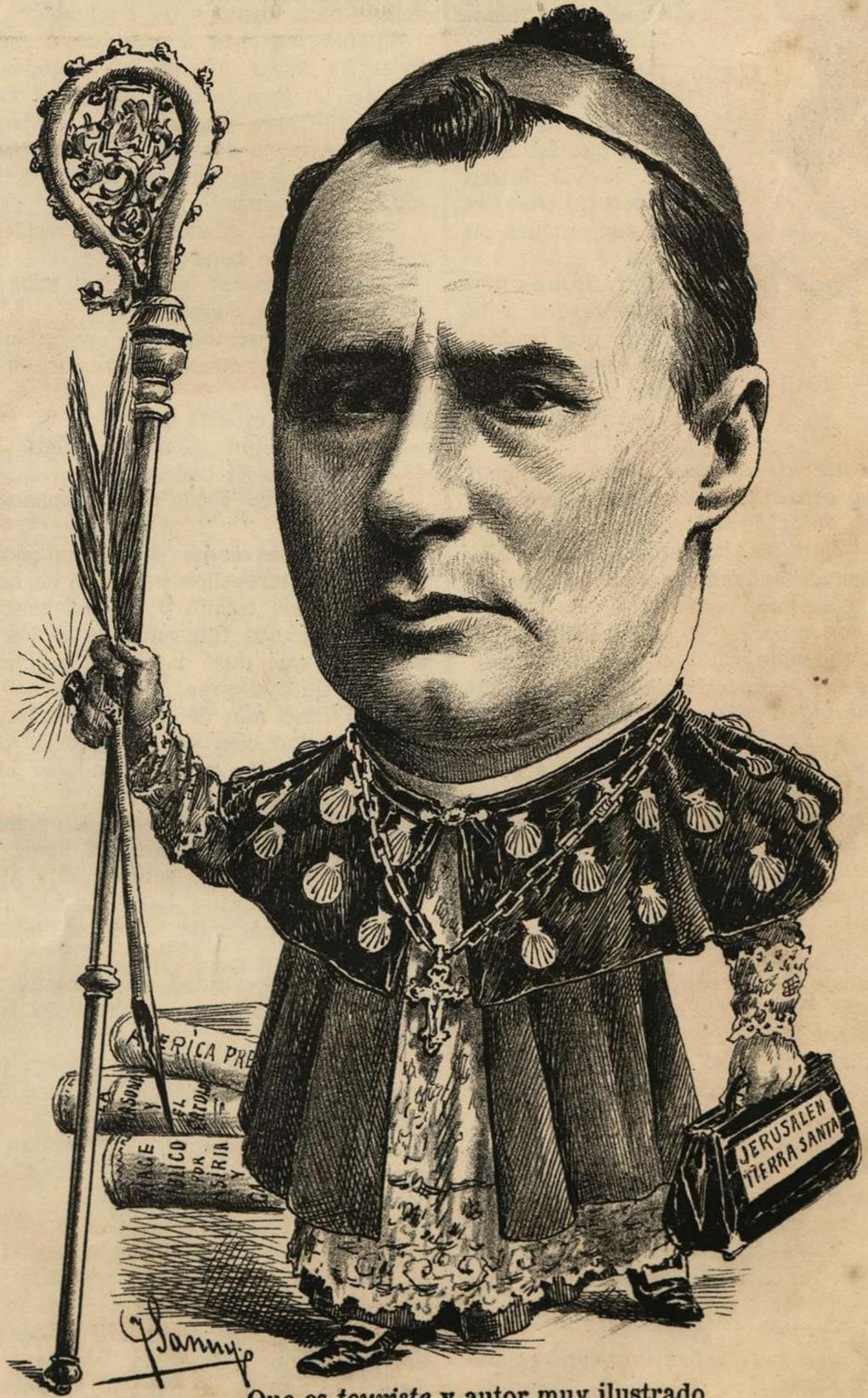
SEMANARIO FESTIVO
2. EPOCA

Director: ARTURO A. GIMENEZ

Director-Artístico: JUAN SANDOZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

MONSEÑOR MARIANO SOLER



Que es *touriste* y autor muy ilustrado y además de ilustrado muy fecundo nuestro digno prelado, lo dicen bien los libros que ha editado y las vueltas que ha dado por el mundo.

AÑO I
Nº 4.
Marzo 25 de 1894

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva-
lente con el aumento del franco.

Numero corriente 30 centesimos :: Numero atrasado 60 centesimos

•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
•SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Gimenez—«Siluetas incondicionales», por Miguelito—«La petición de mano», por Antolin Antón—«Dos votos de calidad», por Julio Romero—«La gata negra», por Teógenes Aldegundis—«Epigrama», por Tobias—«Para ellas», por Alina Doré—«Teatros», por Re-Bemol—Menudencias—Correspondencia particular—Avisos

GRABADOS—«Monseñor Mariano Soler»—«Los judíos políticos»—Suplemento: «Consummatum est» y varios intercalados en el texto y avisos por Sanuy.



Me figuro que lo sabrán ya ustedes, pero no puedo resignarme á que me quede adentro la gran noticia.

¡Señores; se levantó ya la sesión permanente!

¿Eh, qué tal? Será cosa pasada de moda, pero lo cierto es que aún produce su efecto.

¡Estábamos tan acostumbrados á la idea de que tendríamos sesión permanente para el resto de nuestros días y noches!

Las casas de compra y venta habían llegado á perder la esperanza de apoderarse de los fracs de los electores.

Y los electores pensaban pasarse allí, tranquilamente enfracados, todo lo que les resta de vida parlamentaria.

Pero, donde menos se piensa salta la liebre, y el animalito saltó el miércoles cuando nadie se lo esperaba, haciendo el efecto de una cortada de tambur y dos paredes (!) que diría el flamante electo.

E inmediatamente se dieron cuenta de lo que ocurría los que en busca de noticias se echaban á la calle, con solo mirar la cara de vinagre ordinario que mostraban los que ya habían sido notificados del resultado de la elección.

Y empezaron los reniegos pronunciados en todos los idiomas conocidos.

En cambio los partidarios del nuevo presidente, que no eran pocos, por cierto, (pues como quiera en cada comisaría hay un buen puñado de ellos) se hacían lenguas de sus excepcionales facultades y condiciones.

Quien encomiaba su fuerza en el saque; quien admiraba su destreza en el veste; quien, por fin, su buena voz para cantar los tantos.

Ante las objeciones de los contrarios sobre la conocida afición del elegido al viril juego, oponían la necesidad de que todos los gremios estuviesen representados en el Gobierno.

—Por otra parte, añadían, seguro es que dejará de jugar.

—¡Claro! respondían los otros; porque ahora empezarán á jugar con con él.

Y así sucesivamente.

A la verdad, yo no me explico la causa de tanto disgusto, ni me explico la inconsecuencia del pueblo; porque ¡qué demonio! si todo el mundo se quejaba de la falta de Presidente, natural era que una vez conseguido el tal se quedara más alegre que unas pascuas.

Aunque, á creer á los bordistas, si no ocurrió ésto fué debido á que recién estábamos en Miércoles santo.

Sea lo quiera, el caso es que á la gente no le ha sentado bien la cataplasma que le aplicó la Asamblea.

¡Cuando yo les decía que mejor era que nos pasáramos sin Presidente!

Porque, á la verdad, más vale que se pase el Gobierno sin cabeza, y no que lo ocupen malas cabezas, lo cual, por desgracia es muy raro que no suceda en esta tierra.

A pesar de lo cual, como lo hemos visto, no ha conseguido acostumbrarse á tales singularidades la gente.

Sin embargo, yo creo que, con todo, ha de ser un período de actividad el que suceda á la elección, porque no hay uno que, teniendo algo que hacer, no lo haya dejado para después de efectuada.

Cuanta propuesta, ó pregunta, ó pedimento se ha hecho durante los veintidos días en que ha permanecido acéfalo el Gobierno, ha obtenido una respuesta postergando la directa hasta cuando estuviera céfalo.

—¿Quiere usted que hagamos este negocio, don Venancio?

—Sí, sí, pero cuando elijan Presidente.

Era la frase consagrada.

—¿Papá, quieres llevarme al baile de lo de Badajo esta noche?

—Sí, hija, iremos; pero en cuanto elijan Presidente; no tardarán dos días en elegirlo.

—¡Pero, si es esta noche!

—¿La elección? ¿Cómo lo sabes?

—No, papá; el baile.

(Concierto de votos más ó menos suaves).

Distracciones como éstas han ocurrido tantas como atropellos policiales se han cometido en los treinta y un mil seiscientos ochenta minutos transcurridos en los veintidos días que duró la sesión permanente.

Pero, que yo sepa, al menos, no se ha dado el caso aún de que alguien haya rehusado recibir cien pesos ni dejar de cobrar una cuenta mientras no se elija el nuevo Presidente.

Finalmente, ya le tenemos, tan presidente como cualquiera, aunque se llame Juan; y, como ustedes lo sabrán, dijo al recibirse, que procuraría hacer la felicidad de la patria, y por ende, la de sus hijos (los de la patria.)

Con cuya seguridad ya podemos considerarnos los seres mas felices del mundo gobernado.

Que el que no fia en la palabra de los gobernantes recién electos, es porque está dejado de la mano... de ellos.

¡Y con tales declaraciones, hay aún quien considere una calamidad la elección del señor Idiarte Borda!

Yo, á la verdad, lo encuentro excelente, y me alegro de que lo hayan elegido. Porque aquí calza como mandado hacer, aquel cuento del rey y la vieja, que pedia constantemente al cielo diera larga vida al monarca (que por más señas era de lo más detestable que en la clase de monarcas pudiera encontrarse) hasta que interrogada un día sobre la causa de tan extraño deseo,

tratándose de tan perverso rey, contestó que habiendo conocido al abuelo y al padre del tal, bellaco el primero y archi-bellaco el segundo, deseaba larga vida al nieto é hijo, más bellaco que los dos anteriores juntos, temerosa de que el sucesor fuera peor aún que él.

Así nos toca á nosotros alegrarnos de que haya salido electo quien salió, porque después de don Pepe, malo, estuvimos amenazados con don Alcides, peor, por lo cual es cuestión de felicitarse de que la cosa se haya decidido ya con el tercero, en previsión de que pudiera caernos otro peor aún. Por eso, oí ayer hablar á dos de este modo:

—Lo cierto es que *el nuevo* es una calamidad.

—Calla, hombre, no sea cosa que llegue á saberlo, porque podría afectarse demasiado y renunciar.

—¡Tanto mejor!

—No, hombre, que si renunciara Idiarte Borda, posible sería que llegara á goberarnos el comisario de la sexta sección.

Lo cual sería el colmo.

Y allá va otro diálogo:

—Digame, amigo: este *nuevo* es hombre de partido?

—Eh... yo nunca le visto jugar partidos de más de treinta tantos, pero la verdad es que juega bien. Tiene un «saque» de primera.

**

La semana santa ha llevado á los templos inmensa cantidad de jente, y á los estómagos inmensa cantidad de legumbres.

Del pescado no hablemos, porque yo no lo puedo probar desde que ha encarecido y desde que es pescado, porque todo lo que huele á agua (esto es un modismo) me hace recordar la de la Empresa de las de Santa Lucía, recuerdo que me produce casi siempre el mismo efecto que si la bebiera; es decir, el de tósigo.

Pues como iba diciendo, la cantidad de legumbres injerida en estos días es enorme.

Porque muchas personas que con la alimentación á carne no podían dar satisfacción juntamente al estómago y al orgullo de comer como los demás, se han dado, aprovechando los días de vigilia, cada atracon más grande que la cabeza del sacristan de la Matriz. (Y le citamos porque en esta semana ha sido personaje de actualidad.)

En cambio, personas hay que han empezado á ayunar mucho antes de lo que la Iglesia manda.

Por ejemplo; los guarda civiles de la sexta sección.

¡Y se llegó á decir que el comisario era un bárbaro. Si, al contrario, hizo *aquello* por exceso de catolicismo! ¡Como que los muy herejes no querían ayunar en cuaresma!

**

A la puerta de la Iglesia:

—¿Lo has oído, Carlitos? Tú ya tienes edad bastante para comprenderlo. Procura ser siempre bueno, que para ello murió Cristo por nosotros.

—¿Por nosotros? ¡Pero mamá, si nosotros no habíamos nacido todavía!

—Oye, ¿terminó ya el sermón de las siete palabras? Yo no he podido entrar

—Sí, acaba de concluir.

—Pero ¿era tartamudo el predicador?

—¡No hombre ¿por qué?

—¡Como ha empleado casi tres horas para decir siete palabras!

ARTURO A. GIMÉNEZ





Siluetas incondicionales

I

En época nefasta fué Fiscal y su cargo ejerció con altivez, no cejando siquiera ni una vez, al poder prepotente criminal. Cayó al fin, en la lucha desigual, sin rendir la bandera ni el paves; despues.. ¡pero señor!.. ¿qué fué despues de varón tan austero, bueno y leal?



Se ha mostrado cobarde en la pelea, y adaptable le llama todo el mundo, que se ha fijado de qué pie cojea. El vivirá con el dolor profundo de que su nombre su castigo sea; segundo ha sido y quedará en segundo.

II

Nació para vivir—y es vividor; en noble cuna le meció el destino, y en su condal y antiguo pergamino, se acreditan su fama y su valor. Su vida es un Código de honor; su carácter, austero, diamantino, ni se dobla al adverso y fatal sino, ni le quiebran la dádiva ó favor.

Recto como el deber, su sola guía, es la ley, la justicia y la razón; luchador de esforzado corazón, cifra sus ambiciones y alegría en que pueda decirse cualquier día: —Murio como vivió: por la Nación.

MIGUELITO.



La petición de mano

Antolin Antón. He aquí mi tarjeta. Por mis títulos de propiedad podréis ver que soy rentista, casado; todo esto es verdad, y así lo fuese lo de que mis señas particulares no exceden de lo regular, porque, en tal caso, tal vez no se hubieran producido tantos y tan irregulares infortunios; pero habéis de saber, modestia aparte, que soy un individuo bello é inteligente, adherido, como apéndice sin duda, á una descomunal nariz, á una cordillera de carne.

El cuento va á que cierto día me decidí valerosamente á pedir la mano de Margarita Flores. ¡A qué pintarla! ya os he dicho que soy hombre de bastante nariz. Y podréis comprender que no habría de enamorarme de una de esas mujeres que tienen la cara borrosa y sucia como los bustos de las monedas de cobre, que todo el mundo manosea.

Margarita era rubia, tenía nariz monísima, una boca aquí estoy, bésame, unos hermosos ojos, un pié pequeñito, un cuerpo bien hecho, siendo, en fin, lo que se llama una real moza, y á la vez una muchacha

bonita. Puedo enumerar las sensaciones y dar cuenta de la emoción que tuve aquel día; las botas nuevas me apretaban los piés, prieto estaba el cuello de la camisa, me embarazaba la ropa nueva, hallándome en fin, condenado á estreno, á conservar el brillo de un objeto de lujo que ha de huir de toda quebradura, deslucimiento ó mancha.

¡Qué sensación de miedo, de repentino calor é intenso frio, de afán y de esperanza, de ilusión y de duda me dominaba! El corazón, esa pelota cautiva de carne, botaba dentro del pecho, y mi mano cojió el deshilachado y mugriento cordón de la campanilla del cuarto donde habitaba Margarita.

Oí ladridos. ¡Dios mio! dije ¿si me expondré á tener tambien mi perro político? Pero cuando abrieron la puerta me estremeci aún más: ante mis ojos se hallaba una espantable cara, tal que casi me hizo creer que de ella habían partido los ladridos. Por un momento hube de acobardarme pensando en que aquella podría ser mi mamá suegra.

—¿El señor don Canuto Flores?—dije.

—Aqui vive. ¿Qué desea usted?

Dígame Vd. que está aquí el señor don Antolin Antón.

—¡Ah! Pase usted, pase usted—me dijo haciéndome entrar en una reducida sala con muebles barbados y descoloridos; unos sin pellejo, otros sin patas, aquel patiquebrado, el de más allá con mordeduras y quebrantamientos, y colgado de la pared un espejo mágico que todo lo ponía en caricatura, cuyo sucio cristal hacía tales aguas que no habia quien allí se mirase, libre de ver su imájen desmesurada y grotesca.

Mi nariz apareció aterradora y veinte veces más grande de lo que era en realidad; esto me hizo palidecer, me aturdió, y á poco, enredándose más una con otra y tropezando con una silla, causé una catástrofe ruidosa.—¡Oh Dios mio!—me decía—martirio terrible es soportar la cruz; pero ¿para qué redención voy yo prendido á esta deforme nariz?

Temía por mi suerte; de lejos, á la distancia, tal vez mi nariz me prestara cierto aire de grandeza; pero cuando Margarita viese ante sí un campanario de carne y hueso, dos bocas movibles, resoplantes; un afilado apéndice, un atrevido caballete con su meseta central, una masa sensible á los cambios de la temperatura, que mudaba por el frio ó por el calor de mil colores; callos gigantescos, dromedario sensitivo y estoy por decir que la más estrambótica aberración de la naturaleza, ¿cómo no habria de espantarse ante un marido con añadidura! ¿Qué sería de ella el día que se me hinchasen las narices?

No dieron tiempo á que siguiera mi aterradora reflexion los individuos de la honrada familia de Margarita. Penetró primero en la sala un pequeñuelo, cuyos ojos se asombraron, cuya boca y cuyos zapatos reían á mas reir, y desapareció haciendo retroceder á otros dos niños, y temí oírle exclamar en un rasgo de ingenuidad infantil:

—Ay, papá, papá! En la sala hay un señor con unas narices muy largas.

Suposicion que exacerbó la fiebre que las aprensiones referidas me producian. ¡Qué efecto habian de producirme, hiriendo mi susceptibilidad vidriosa, oírle decir al padre de Margarita, un buen vejete algo miope y que apareció ante mí haciendo visajes:

—Beso á usted la mano, señor Antón. Ha acertado usted con la hora de hallarme; tiene usted buena nariz.

Recuerdo que se habló en términos generales y luego mas ó menos minuciosos y correctos del importante asunto que allí me conducia; y el diablo fué enredando las cosas de manera que vinieran á cuento, con razon ó sin ella, miles de frases y alusiones á la nariz: «yo no hubiera dado á ningun pretendiente con la puerta en las narices» decía D. Canuto: «bien sé que hay hombres que no ven mas allá de las suyas, pero al cabo vienen á quedarse con una cuarta de narices.»

Por los poros de la mia brotaba en menudas gotas un copioso sudor; miles de colores de la lividez al oscuro violeta, señalaban los estremecimientos coléricos de la aludida y las diversas conmociones de mi corazón. ¡Quién puede ver que su dicha se pierde, no por la fatalidad dramática de los celos, no por los inconvenientes cómicos que surgen luego de establecido el llamado parentesco político en ese círculo del infierno que no vió el célebre célibe, el Dante, y donde andan á la greña cuñados, primos y suegras, sinó por un obstáculo de nacimiento, por una carne que se hizo toda nariz de lo que pudiera haber sido un hermano jemele, por la fecundidad portentosa de una robusta escrescencia, de una proa humana, de un abuso de confianza de la fuerza embriológica, de la herencia, en fin, conque contribuyeron á abrumarme siete generaciones de narigudos?

Al salir de la casa, aturdiado y confuso, oí como un sarcasmo la terrible exclamacion de mi suegro:

—¡Cuidado! No se vaya V. tan de prisa; no se rompa las narices!

Y, sin embargo, la linda Margarita fué mi esposa.

Tuve doce hijos, doce—pez espadas narigudos tambien no bastándome toda mi fortuna para el gasto de moqueros. Está visto, creedme, siempre habia de seguirme esta fatalidad, y aun ahora mismo que me he propuesto escribir, he defraudado las esperanzas de mis lectores, dejando á los mas romos con una cuarta de narices.

ANTOLIN ANTON



Dos votos de calidad

Cumplió con su deber en todas partes condújose cual bueno y ¡es claro! llegó un día en que á la gloria voló en busca de premio quince días hará ¡con qué dulzura le recibió San Pedro!

Y qué fino mostróse al suplicarle que espusiera sus méritos! —Cumplí, señor, de Dios y de la Iglesia los santos mandamientos.

—¿Nada más?

—¿Quizá es poco?

—No es bastante

para entrar en el cielo.

—¡Señor!...

—¿No sabes, hijo, que el que aspira á gozar de este reino tener el alma debe, limpia, pura, sin sombra de defectos?

—Pues así está la mia.

—Acaso, acaso;

pero ¡ay! tan raro es eso, tan pocas de esas almas caen en libra que casi no te creo.

Voy á ver, voy á ver en el Registro

¿Te llamas?...

—Juan del Pueblo

—¿Naciste?

—Hace lo menos cuarenta años.

—En dónde?

—En Rio Negro.

—¡Ah, vamos!.. es decir, que eres entonces...

—Oriental puro y neto.

—¡Excuso saber más! Te pertenece

la gloria de derecho;

Que el candor, la humildad, la mansedumbre,

y el santo sufrimiento

de que habeis, dado en la eleccion reciente

tan heroico ejemplo,

virtudes son tan grandes y sublimes

que borran los defectos.

Pasa, pues, hijo mio, cuando gustes,

á gozar del Eterno.

Voló regocijado, á prosternarse

ante el Rey de los Cielos,

y, á poco, escuchar pudo de sus labios:

«Pues te envié, San Pedro,

no es cosa de que Yo, aunque lo merece,

le vaya á dejar feo;

mas no juzgo como él, tenlo entendido

ni como él considero

lo que ha ocurrido en la eleccion que hicisteis

de presidente nuevo

Las que él llama virtudes, son simplezas...

y aun algo peor que eso;

la virtud no es virtud, si está reñida,

con el honor de un pueblo,

Mereciais, por tanto, tú y los tuyos,

ya que no á los infiernos

al limbo ir por babilicias é inocentes,

por simples y por memos.

JULIO ROMERO

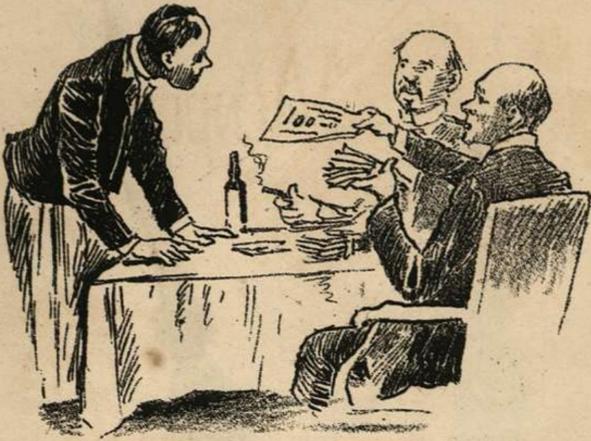
Me temo que alguna liebre salte niña en tu cabeza porque es un bicho que salta en donde menos se piensa.

LOS JUDÍOS POLÍTICOS



Bajo el poder de Poncio Herrera y Obes
sufrió muerte y pasión
todo lo más sagrado que se encuentra
en la Constitución.

¿Llegará alguna vez el bello día
de la resurrección
para lo que ahí entierran esas fieras
con tan innoble y misera intención?



La gata negra

A mi amigo José Roig.

Una tarde del mes de Julio, destemplada y brumosa, paseábase el doctor don Benigno López, abogado español de muchas campanillas y de mucho dinero—tres milloncitos, pico más, pico menos—por una de las calles más centrales de la ciudad. Iba en compañía de un colega y amigo suyo. Ambos andaban con paso lento y aire distraído, cual corresponde á personas que no llevan otra preocupación que la de matar el tiempo, ese eterno enemigo de las gentes ricas. Buen rato hacia que caminaban á la buena de Dios, cuando se detuvo de improviso el doctor Lopez y fijó con insistencia la vista en un punto oscuro de la calle. Antes que su acompañante pudiera conocer el motivo de aquella interrupción brusca, el abogado, rápido como un rayo, corrió á la acera opuesta, recojió del suelo un pequeño gato negro, al parecer herido, y se encaminó á la botica más próxima, donde entró apresuradamente. Rogó al farmacéutico hiciera un vendaje al perniquebrado animalucho, cuyo lomo acariciaba suavemente, y, llamando á un muchacho, le recomendó lo llevara á su casa, cuyas señas escribió en un trozo de papel. Volvióse entonces á su espantado compañero, que había observado todo aquello con tamaños ojos, y le dijo sonriendo:

—¿Le admira lo que he hecho? Pues bien: vamos á comer juntos y oirá Vd. una historia que quizás le parezca novela. Es la historia de mi fortuna.

Dirijéronse ambos á un restaurant, tomando asiento en una mesa aislada, en la que podrían conversar sin ser molestados, y algunos minutos despues, el doctor Lopez comenzaba su interesante narración de esta manera:

«Por contratiempos financieros, que para espíritus enanos pudieran parecer catástrofes, tuve que abandonar mi patria y venir á Buenos Aires, á poco de haber contraído matrimonio con la que es hoy mi esposa. Llegué á la gran ciudad platense sin perspectiva alguna, pero con muchas ilusiones en mi imaginación, que es algo meridional, y una simple carta de recomendación en el bolsillo. Mis primeros pasos fueron desdichadísimos. La necesidad me enseñó á realizar heroicidades que desconocía y á punto estuve en más de una ocasión, de perder el seso y echarme en brazos del destino, como náufrago que faltó de alientos ya, se abandona á merced de las olas. Sin embargo, hice un esfuerzo y me salvé. Obtuve á costa de grandes empeños, una plaza de corrector de pruebas en la redacción de un periódico y logré vivir una vida estrecha pero sin hambre. Pronto, empero, mi naturaleza fogosa se rebeló contra aquella estrechez y por las noches, cuando, al volver de mi labor, me tendía en la cama que me servía de lecho nupcial, rendido el cuerpo, pero fresca y potente la imaginación, sentía grandes deseos de gritar y de luchar con ese ser invisible que llaman hado y que se oponía á mi reposo.

Dos meses largos, interminables, duró aquella situación negra, sin horizontes ni claridades. Una noche de fiesta,—¡bien lo recuerdo!—mi esposa me convidó á paseo. Estaba yo agitado, bajo el peso de una desesperación sorda, mucho más terrible que la que estalla en ruidosas explosiones de ira, y, sin saber lo que hacía, salí á la calle. En mi ofuscamiento, olvideme de echar la llave á la puerta y la habitación, una habitación casi miserable de una casa de huéspedes, quedó abandonada á todos los vecinos, muchos de los cuales eran de muy discutible honorabilidad.

La noche estaba calurosa, aunque era de invierno y en el cielo había espesos nubarrones que amenazaban tormenta. Caminamos al azar mi mujer y yo, sin cambiar una sola palabra, desliziándonos como fantasmas á lo largo de aquellas calles angostas y sin fin, que tenían negruras hasta en los trechos

alumbrados por los mecheros de gas. Al cabo de dos horas me sentí rendido, chorreando sudor, y me detuve. Eran las diez, poco más ó menos. Indeciso, casi sin fuerzas para pensar, quedé inmóvil en medio de la acera, mientras que mi mujer, colgada de mi brazo, me miraba con inmensa ternura. De pronto, y por un movimiento instintivo, me llevé las manos á los bolsillos y busqué la llave de mi habitación. No la encontré. Tuve miedo, un miedo inexplicable, y quise regresar á prisa. No temía á los ladrones, ni tampoco á mis vecinos, de quienes en realidad no desconfiaba mucho, pero me asaltó un presentimiento raro y me vino á la memoria el recuerdo de un magnífico sobretodo de pieles que poseía, de precio subido, y que un amigo entrañable, un hermano casi, me había regalado antes de mi salida de España.

Regresamos rápidamente á casa. Entramos en ella y lo encontramos todo en perfecto orden, sin advertir nada sospechoso. Sin embargo, el sobretodo, que generalmente lo tendía yo encima de la cama para conservarlo limpio de arrugas y dobleces, no estaba allí ni en ninguna parte visible.

—¿Sabes—dije á mi mujer casi temblando—donde está el gabán?

—En aquel rincón—me contestó Luisa, que así se llama mi esposa—... encima de la caja de cartón.

Dirigíme al lugar indicado, y al inclinarme para tomar la estimada prenda, que efectivamente estaba allí, se escapó de mis labios un ¡oh! prolongado, hueco, más de extrañeza que de espanto. Al oír aquella exclamación, mi esposa, que se hallaba de espaldas, volvióse rápida, pero yo, sin dárle tiempo á nada, me adelanté y cojiéndole ambas manos con nerviosidad, le dije, radiante de contento:

—Querida mía... la fortuna...! la fortuna...! Mira!

Luisa se acercó al rincón y se quedó sorprendida, espantada, con un rostro cómicamente dolorido. Lanzó, á su vez, un ¡ah! triste, larguísimo, en el que se traslucía una honda pena, y moviendo lentamente la cabeza, contempló el cuadro que ofrecía una gata negra, grande, de ojos brillantes, tendida encima del gabán de pieles y dando de mamar, tranquila y feliz, á cinco gatitos, todos ellos negros también, recién nacidos. Las pieles estaban hechas una lástima, completamente perdidas, y mi esposa, en un arranque de dolor, exclamó con acento compungido:

—¡Mira la muy canalla...! Venir á parir aquí...! —Y estuvo á punto de llorar á gritos, pero yo, que me animaba por grados, porque recordé cierta superstición de las gentes de mi pueblo, no la di tiempo á entristecerse más. La tomé por la cintura, deposité en sus mejillas dos besos apasionados, que estallaron como dos latigazos, y la comuniqué la gran noticia, porque aquello era la gran noticia, que iba á iluminar, como brillante foco de luz, el hogar envuelto durante dos meses en las espesas tinieblas de la miseria.

—Es la fortuna—repetía yo sin cesar—y no se la debe recibir con esa cara de vinagre.

Y enseguida le conté cosas estupendas, fenómenos sorprendentes de casos parecidos á aquel, que me habían referido en mis primeros años. Sucedió que cuando un animalucho de aquellos, de piel negra,—porque tenía que ser muy negra para realizar el milagro,—iba á echar sus crias en casa agena, esa casa prosperaba de manera asombrosa, y si era pobre, se convertía de la noche á la mañana, en rica.—Es una superstición que no falla nunca, agregaba yo, verdaderamente convencido de lo que decía.—Y figúrate tú como prosperaremos nosotros viniéndonos la suerte por intermedio de una gata tan gentil como esa, que ha sido madre quizás por primera vez, en un gabán de pieles que es todo un soberbio lecho de reina! ..

La pobre Luisa no daba crédito á mis palabras, y sus miradas se posaban tristemente unas veces en mí y otras en el gabán perdido. Pero tanto hablé del milagro que debía producirse, tanta sinceridad puse en mis afirmaciones, que al fin se contagié con la alegría de que yo rebotaba y creyó por último, ó aparentó creer, en una próxima felicidad. La gata, en vez de ser molestada, fué objeto de mil caricias, y esa misma noche comió la escasa cena que guardábamos cuidadosamente en un cajón de la cómoda.

Al llegar á este punto de su historia, el doctor Lopez se interrumpió. Narraba el caso con tal ingenuidad y tanto colorido daba a los detalles, que su compañero no pudo menos de soltar una ruidosa carcajada.

Puede Vd. reirse cuanto quiera—dijo aquel al cabo de algunos segundos—pero ahora viene lo más gordo. Escuche Vd. Tres días pasaron sin que ocurriera ninguna novedad. La hermosa gata era festejada cada día más y una mascota no hubiera recibido tantos halagos como ella recibió. A veces sorprendía yo en mi mujer miradas tristes, como de compasión, y obligado me vi á convencerla de que

mis esperanzas se realizarían. Yo creía, lo confieso, en mi porvenir. Al cuarto día, á la hora del almuerzo, llaman á la puerta. Inconscientemente me levanto, me precipito á ver quien es y me encuentro ante un caballero alto y delgado, de barba poblada, que me saluda y pregunta ceremoniosamente por el Dr. Lopez. Me extrañé que no me conociera, porque yo lo esperaba y hasta me pareció que me las había con una antigua relación. Le invité á pasar adelante y estuve conferenciando con él durante mucho tiempo. Omito detalles para abreviar. Cuando se retiró, me tendió afectuosamente la mano y encima de la mesa dejó extendido mi nombramiento de abogado general de una de las más fuertes empresas ferrocarrileras de la República Argentina y un cheque contra un Banco, como anticipo de mis futuros honorarios. Desde aquel día borróse mi mala estrella y en el cielo de mi vida brilló la que es simbolo de prosperidad y bienestar.

Dicho esto, el doctor Lopez guardó silencio. Había terminado la comida: pidió la cuenta del gasto y se dispuso á pagar.

—Pero, hablando en plata,—dijo entonces con tono zumbón su compañero—¿Vd cree en realidad, que la gentil gata de su cuento le trajo la fortuna?

—Yo no intentaré convencer á Vd.—contestó el doctor Lopez—pero desde aquel día soy supersticioso como el que más y adoro á esos animaluchos. Vd. dirá si me sobra ó no razón... Antes, no tenía que comer y ahora... Vd. ya lo vé...

Y sacando del bolsillo del pantalón un abultado fajo de billetes de Banco, el doctor Lopez arrojó sobre la mesa, desdeñosamente, uno de cien pesos.

TEÓGENES ALDEGUNDIS.

Epigrama

El casero don Leoncio
dice que á sus inquilinos
ya que no puede otra cosa
les ha cobrado cariño.

TOBIAS

PARA ELLAS



Muchas gracias, amiga Teodora. He recibido con mucho gusto su interesante cartita en que dá Vd. sus pareceres sobre el traje masculino en la mujer, y aunque no tengo sus mismas opiniones,

publicaré los párrafos principales de ella, ya que no toda, pues me falta espacio para ello (lo que siento de todo corazón) y además contiene agasajos que no admito de ningún modo y han equivocado lamentablemente el camino. Apunte para otro lado, señorita Teodora, hácia la Dirección ó hacia cualquiera de los distinguidos colaboradores que firman en este semanario.

Copiemos su cartita, saltando lo que ya he dicho: «El traje masculino en la mujer no será elegan-

te (y también yo convengo en ello), pero no hay duda que es muy cómodo, y además, muy protector. En primer término, para que una bata entalle bien, no forme ninguna arruga y presente un cuerpo esbelto y gracioso, es menester ante todo que el corsé vaya bastante ajustado y la tela del vestido sea bien justa. Esto será muy bonito, muy *chic* á la vista, pero de la comodidad y la soltura dista mucho, pero mucho! Vestida una de esa manera, ¿puede inclinarse á recoger algo del suelo sin que peligren las ballenas del corsé, ó estalle alguna costura, ó, aunque no suceda nada de esto, sin sentir el cuerpo dolorido hacia la parte de la cintura? ¿Y el movimiento del brazo, la dificultad de elevarlo sin que falle el género por la boca-manga?... ¿No son estos inconvenientes, incomodidades?... Y luego las faldas, su peso, su holgura (aunque ahora no se usen anchas), que traban el paso y que cuando hace viento es una verdadera lucha para caminar...

«En esta parte es donde se manifiesta lo poco cómodo, poco apropiado y protector (como he dicho anteriormente), que es el traje femenino. En efecto; cuando hace viento, ó se queda una en casa, ó se vé expuesta á que se le marquen las formas de una manera poco edificante.

Se me dirá: pero yendo vestida de traje masculino, es mucho peor, se señalan aun más y luego el ridículo... No, señoritas; es muy diferente; estando aceptado el traje masculino, nadie criticaría ni tendría escrúpulos ninguna niña en mostrar las gracias con que la naturaleza la dotara, pues la inconveniencia nace de que se enseña de repente lo que se tiene cuidado en conservar oculto. Todo es cuestión de costumbre. Así, por ejemplo, si en un día de viento, aun en una calle desierta, viene una ráfaga traidora y levanta un poquito las faldas, en seguida y con gran alarma, la mano de la jóven se apresura á componerlas debidamente; y, sin embargo, esa misma jóven, en otra circunstancia, en un baile de fantasía, por ejemplo, no tiene escrúpulos de presentarse vestida de manola, que me parece es un traje que descubre más que lo que el viento más fuerte. ¿Y es todo por qué? Por que no existe comparación inmediata entre lo cubierto y lo descubierto. Llevando traje masculino no sucedería esto, pues la vista estaría acostumbrada á ver siempre lo mismo y en la misma forma presentado.

«Para terminar. Las moras que llevan el rostro cubierto, consideran como una inmoralidad y una falta terrible ante sus esposos descubrir el rostro delante de cualquiera persona. ¿Qué dirían entonces de nosotras? Nos tendrían por unas locas de remate.

Hasta aquí he dejado hablar á la señorita Teodora. Ahora, lectoras amigas, dejo al criterio de cada una de Vds. el juicio que merezcan sus opiniones.

Y pasemos á tratar del figurin que hoy tengo el gusto de ofrecerles; en él verán ustedes un elegantísimo

Traje de paseo estilo *sastre*—Falda con canalones de paño amazón azul, adornado por el centro de tres galones bordados de forma *serpentina*; esta falda está forrada de polonesa, con falso de muselina tiesa. Cuerpo *frac* de una sola pieza, cortado en haldeta cuadrada por detrás, de paño amazón como la falda, con cuello vuelto y solapas de moaré azul claro; este cuerpo se abre sobre un plastrón liso de la misma tela de las solapas. Mangas muy anchas en su parte superior, de paño amazón. Cuello recto de moaré.

Toca de feltro azul prusia, adornada de tornasoladas.

ALINA DORÉ

Cantar

Yo me enamoré del aire del aire de una mujer y á fuerza de tanto aire un constipado pesqué.



TEATROS

Al fin, esta semana hemos tenido un estreno, y á fé que ya se hacia sentir la necesidad de experimentar emociones fuertes (cuando se efectuó el estreno no habia sido aún elegido Idiarte Borda).

I Pagliacci (que tal es el titulo de la obra nueva) trajo al Nuevo Politeama numerosa concurrencia.

Hoy disponemos de poco espacio, así es que nos será imposible hacer un exámen detenido de la ópera.

Pero, por lo pronto podemos afirmar que es buena la obra del maestro Leoncavallo.

Y por cierto imposible parece que consiga hacer obras notables un maestro que lleva en su nombre los dos nombres de dos animales.

Sin embargo, por imposible que parezca, es un hecho.

Allá van algunos apuntes que darán cuenta de las impresiones que me han producido la nueva ópera.

Son muy hermosos y sobretodo muy originales el prólogo, que cantó muy bien Gavirati; la canción de *Nedda* que cantó no tan bien (ni mucho menos) la Spaziani, y la escena final que cantó admirablemente Brassi.

La canción de *Nedda* sobre todo, es originalísima por el procedimiento empleado en la composición del acompañamiento, que ejecutan los violines imitando con trinos y arpejos rápidos del mejor efecto, el canto de los pájaros.

En el duo de baritono y soprano hay más pasión que belleza.

Esto por lo que se refiere al primer acto.

En el segundo son dignos de mencionarse la serenata, graciosa aunque un poco vulgar, y sobre todo el duo y escena finales, en que Leoncavallo ha derrochado bellezas de primer orden y cuyo efecto dramático es soberbio.

El poema está perfectamente compuesto; la escena final á que nos referimos tiene mucho movimiento y produce honda sensacion en el ánimo del oyente.

Brassi mereció una ovacion al terminar la escena final del primer acto, que interpretó magistralmente. No nos gusta derrochar elogios. Pero todos los que pudiéramos prodigar los merece este artista.

Urbinati bien, como siempre; Gavirati (¿otro *ati?* diablo!) muy correcto. Y acabé con los *ati* y con los artistas (digo, con los juicios sobre ellos).

A la salida del Paraiso.
—Que te ha parecido el tenor, el que hizo de payaso?
—¡Qué! Que no vale la mitad de lo que *Pepino el 88*.
—No ha dado ni un salto mortal el muy zonzó.

RE-BEMOL.



Según dice un telegrama de Buenos Aires, el jóven Luis Varela ha contraído matrimonio con la artista Mercedes Aranaz.

Debe ser un portento la artista esa puesto que ha conseguido salir airosa en el difícil arte de pescar un marido.

Ante tus plantas, de hinojos Siempre me tendrás, lucero.
—¿Y eso no te causa enojos?
—Nunca, niña de mis ojos? ¿no ves que soy alfombrero?

En la sala de espera de un dentista:
—¿A que no sabe usted cuántas muelas tiene el general Fortunato Flores?
—Todas, menos las del juicio.

—¿Usted pudiera decirme la edad de doña Dolores?
—Veintidos años de día y cincuenta por la noche.

Entre dos changadores:
—¿Te esplicas tú, Manuel, cómo demonio suben los globos?

Porque, hermano, si yo agarro un papel, por más pequeñito que sea, y lo deajo, se cae, se cae.
—Hombre, los llenarán de pájaros.

Un condiscípulo mio que tiene un ojo de menos, dice muy formal que tiene cuatro sentidos y medio.

Segun dice un periódico ha sido puesto á disposicion del Juez de Instruccion Criminal el mayor Cordero, autor de la muerte de un guardia civil.

Todos los que coñozcan los detalles del hecho, exclamarán:

—¡Y se llamaba Cordero! ¡Qué sería si se llamase Tigre!

Que tengo capa de santo sin serlo, dice tu hermana, ¡ojalá fuese verdad, siquiera por tener capa!

—Ha visitado usted los templos en semana santa.
—No, no tenia nada que vender.

Cómprse unos lentes Carlos y la compra no sirvió.
—¿Porqué?—Porque no compró nariz en qué colocarlos.

CORRESPONDENCIA

PARTICULAR



Miguelito—Montevideo—Mande más. Irresponsable—Id.—Ya es género pasado de moda.

Aparte de que tiene muy poco mérito eso de decir disparates.

C. R. M.—Id.—Muy bien se vé que cuesta poco ó nada Escribirse cualquier perogrullada.

Lino Blanco—Id.—Voy á pedir á la policia de investigaciones que averigüe el paradero de Vd.

Je t'aime—Id.—No sé porqué me parece que he leído en otra parte esos versos. No obstante, si manda Vd. la firma (la que consta en la fé de bautismo), se publicarán los titulados *Horas elásticas*.

Wilson Adams—Paysandú—Es flojo, archiflojo; si consigue Vd. hacer otro tres veces más chispeante, escríbalo.



LA RAZON



Establecimiento Tipográfico y Litográfico
57-CALLE CERRO-57

En este Establecimiento se ejecutan con rapidez y esmero todo género de trabajos de Tipografía y Litografía, como ser: Facturas, Tarjetas, Rótulos, Circulares, Acciones, Billetes de Banco, Letras de Cambio, Cheques, Conformes, Memorandums, Planos, Diplomas, Músicas, etc., etc.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE CROMO

Periódicos, Folletos, Impresiones de lujo, Fabricación de Libros en Blanco, Encuadernaciones de todas clases, Trabajos para el Comercio y Administraciones Públicas.

EL ANTICUARIO

CALLE 18 DE JULIO N.º 184

Vende compra y revende -El Anticuario- libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario, los paga bien y no los vende caro.



Estudio Fotografico de DOLCE Her.º

Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar lo gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



LA MALLORQUINA

18 DE JULIO N. 71

Especialidad en tortells, ensiamadas, pasteles, etc.

Vende esta casa, señores ensiamadas mallorquinas, y otras pastas superiores muy baratas y muy finas.



AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



Caras y Caretas

SEMENARIO FESTIVO

El más lujoso de América. Y esto no lo decimos sólo nosotros, sino que tambien lo dice el ejemplar que tienen ustedes delante.

La suscripcion, aunque parezca mentira, cuesta sólo un peso.

Publica semanalmente más dibujos que generales hay en el ejército, lo cual es mucho decir.

Y como es mucho, no decimos nada más.

Sino que se suscriban Vds.



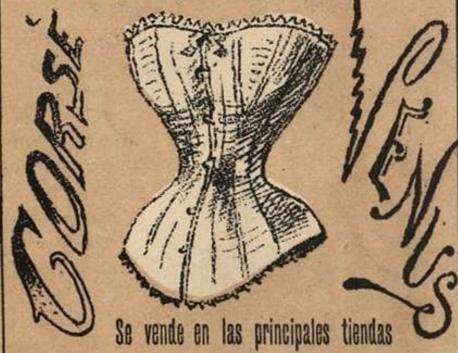
FOTOGRAFIA INGLESA DE J. FITZPATRICK



Calle Rincón, 176

Hace esta Fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.

COMPRE el.



Se vende en las principales tiendas



Verdaderos especialistas en los trabajos modernos de la profesión.

Sarandí esq. Cerro. Entrada: Cerro, 126

LA PERLA JEREZANA DE RAMON TREVIÑO



Frente al Teatro Solís

En la PERLA JEREZANA se cena tan bien, señores, que ningún hotel le gana á dar platos superiores.